

# 07.

Daniela Spenser

*En combate: la vida de Lombardo Toledano*, México: Penguin Random House, 2018, 567 pp., ISBN 978-607-316-058-2

En una conferencia pronunciada hace unos cuantos años, Daniela Spenser definió el género biográfico, no sin un dejo de ironía, como una “historia total”. De esta forma aludía a las aspiraciones de aquella corriente historiográfica que, tras la segunda posguerra, buscó ofrecer explicaciones atentas a la multiplicidad de factores que intervienen en el devenir del hombre y su sociedad, desde la cultura y la psicología, hasta la geografía y el crecimiento poblacional. Una historia total, en ese sentido, no era aquella que comprendía el conjunto del pasado, cualquiera que fuera el tiempo y lugar, sino la que examinaba un sólo fragmento, pero desde una pluralidad, la más completa posible, de perspectivas distintas. Ahora bien, la ironía radicaba en que, lejos de asociar esa amplitud de miras con quienes se detienen en las colectividades o en los grandes andamiajes de la sociedad —se trate de clases sociales, mentalidades o estructuras—, Spenser atri-

buyó la capacidad de dar cuenta de los procesos históricos a un objeto de estudio casi proscrito en la historiografía del siglo XX, a saber, el individuo concreto. A contracorriente de una tradición que desconoció el poder explicativo cifrado en el sujeto, su propia experiencia como investigadora le había mostrado que toda trayectoria singular participa de la suma de elementos que configuran la vida en común, por lo que resulta infructuoso intentar reducirla a un aspecto aislado y, más aún, a los estrechos moldes que en nuestros días regulan la academia. De ahí que el enfoque pareciera capaz, como quizás ningún otro, de acercarse a las complejidades de una época, en sus diversas dimensiones.

Aunque sería excesivo afirmar que toda biografía constituye una historia total, sin duda alguna esa caracterización se ajusta cabalmente a *En combate: la vida de Lombardo Toledano*. Ello



responde, en primer término, a que ofrece la reconstrucción histórica más rigurosa y exhaustiva que sobre este personaje se haya elaborado hasta la fecha. Casi por excepción, en el medio mexicano —en donde la biografía sigue siendo un género menor— Lombardo Toledano ha sido objeto de varios esbozos de esta naturaleza, si bien cada uno se acota a un segmento temporal o un aspecto de su personalidad. En *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, por mencionar un caso, Enrique Krauze puso en paralelo, en imitación de Plutarco, las trayectorias de Manuel Gómez Morín y de Vicente Lombardo Toledano; la diferencia más evidente radica, no obstante, en que su relato se detuvo en 1933, cuando el primero ocupó la rectoría de la UNAM y el segundo se convirtió en el principal ideólogo del marxismo en México o, en palabras del autor, en un “apóstol mexicano”. Otro ejemplo es el trabajo de Robert P. Millon, una biografía intelectual escrita a mediados de los años sesenta y que, al quedar circunscrita a las luchas políticas, partidarias e ideológicas de su época, difícilmente satisface las exigencias académicas de nuestros días. Pese a compartir los rasgos de la hagiografía, todavía guardan validez algunas de las líneas de apertura, en las que Millon, al justificar el carácter parcial de su libro, afirmó que escribir la biografía de Lombardo Toledano en ese momento “sería tarea hercúlea. Este hecho es verdadero”, con-

tinuaba, “no únicamente por el gran dinamismo de su carrera, multifacética en extremo e íntimamente asociada a la historia mexicana del último medio siglo, sino también porque no existe aún una colección completa y básica de sus obras y actividades que pudiera servir como punto de partida para un estudio integral”.<sup>1</sup>

Un vistazo a *En combate* basta para confirmar que, a más de medio siglo de distancia, ‘hercúlea’ sigue siendo el calificativo que mejor conviene a una empresa de este aliento. La extensión de la obra —poco más de 400 páginas, a las que se suma la bibliografía y el aparato crítico— no representa sino un leve indicio de la amplitud en la investigación, desarrollada durante casi una década y documentada en numerosos archivos y países —entre ellos México— la República Checa, los Estados Unidos y la antigua Unión Soviética. Esa intensidad en el trabajo, aunada a un profundo conocimiento del contexto y sus problemáticas, dio como resultado un retrato ajustado del protagonista, con sus aciertos, sus errores y una gama completa de claroscuros. En modo alguno resulta casual, desde esa perspectiva, que la primera

---

<sup>1</sup> Robert P. Millon, 1964. *Vicente Lombardo Toledano. Biografía intelectual de un marxista mexicano*. México: Universidad Obrera.



imagen que Spenser coloca ante el lector corresponda al traslado de los restos de Vicente Lombardo Toledano a la Rotonda de los Hombres Ilustres. El acto, celebrado con ocasión del centenario de su natalicio en 1994 durante el régimen de Carlos Salinas de Gortari, aparece, en efecto, como un emblema de su contradictorio legado. Una tónica semejante caracteriza las cinco partes que componen la obra, divididas respectivamente en tres capítulos. En cada una se exponen los pormenores de un recorrido que inicia a mediados del siglo XIX con la llegada del abuelo paterno, de origen italiano, a tierras mexicanas y su asentamiento en Teziutlán, y finaliza con el fallecimiento de Lombardo, el 16 de noviembre de 1968, a un par de semanas de haberse concluido los Juegos Olímpicos. En el intervalo que separa ambos momentos, se van descubriendo las circunstancias que rodearon su infancia y juventud, su paso por la Escuela Nacional Preparatoria —primero como estudiante y más tarde como director—, y las claves de una creciente actividad política que lo llevó a desempeñarse, entre diversos cargos y papeles, como gobernador interino de Puebla, regidor de la Ciudad de México, diputado en varias legislaturas y candidato a la presidencia en 1952. Entre ese cúmulo de actividades destaca, desde luego, su papel como artífice de instituciones, se trate de la Universidad Obrera y diversos proyectos editoriales, o, de manera destacada, de

la Confederación de Trabajadores de México (CTM), la Confederación de Trabajadores de la América Latina (CTAL) y el Partido Popular Socialista (PPS).

Línea a línea y a lo largo de las más de siete décadas que abarca el relato, el personaje se revela ante el lector mediante una prosa precisa, libre de calificativos y atenta a los detalles. Como botón de muestra sirva el siguiente pasaje, en que el cuidado en la escritura se conjuga con una mirada fina, capaz de identificar unas discordancias que trascienden el ámbito de las simples apariencias. En los años veinte, escribe la autora, Lombardo era

un hombre atractivo, delgado, de estatura media alta, de cabello ondulado sobre una cabeza ovalada, de ojos expresivos con un dejo de languidez montados en una cara siempre limpiamente afeitada, de manos finas, meticuloso en la selección de trajes de buena calidad y corte, de gustos exquisitos y del inseparable anillo de oro que adornaba su dedo anular (41).

Los atributos típicos de la burguesía, distinguibles tanto en la vestimenta como en el ademán, aparecen unidos a una figura que no dudó en negar sus privilegiados orígenes socioeconómicos para buscar convertirse en portavoz de la clase obrera. Con idéntico propósito,



no menos esfuerzo invirtió en disimular su abierto rechazo al soviétismo y pobre conocimiento del marxismo hasta, por lo menos, la década de 1930. Impugnando las imágenes que Lombardo proyectó sobre sí y, en particular, el carácter invariable que en retrospectiva quiso prestar a sus ideas, la narrativa reconstruye el camino que lo condujo a dichos posicionamientos. De ese modo, Daniela Spenser no sólo logró contrastar realidad y ficción, sino que de manera simultánea retrató al protagonista como un sujeto histórico, es decir, como un individuo adaptable a las circunstancias y susceptible al cambio.

Otro tanto sucede con el contexto en que se insertó la vida de Lombardo Toledano. Una vez más, el apelativo de “historia total” sirve para caracterizar una obra que, como se afirma en las páginas iniciales, se concibió como una “ventana” para asomarse a toda una época (10). En concordancia con el mirador elegido, resulta natural que sólo un fragmento del horizonte se muestre a la vista, si bien en este caso no se trata de un promontorio común. En la medida que el protagonista desempeñó un papel destacado en los procesos políticos y sociales de su tiempo, la reconstrucción de sus pasos es capaz de revelar, en efecto, “la abigarrada y contradictoria trayectoria del siglo XX, con huellas que permanecen en el mundo de hoy” (12). De ello da cuenta un recorrido que, de la mano de

Lombardo, permite conocer cómo se fue configurando —a partir de acciones, decisiones y negociaciones puntuales— el México posrevolucionario y, más en concreto, la relación entre el Estado y las organizaciones obreras. Así, quien se sumerja en la lectura estará en condiciones de apreciar la centralidad de su papel en la constitución de sindicatos durante los años veinte; páginas más adelante no menos comprobará, sin embargo, que Vicente Lombardo igualmente se encargó de subordinarlos al gobierno en turno, no por ambición política o económica, sino persuadido de que “únicamente el Estado podía redimir a la población trabajadora de su postración” (64). De ahí que hacia finales de la década de los treinta la CTM se hubiera convertido en “una herramienta que tanto los políticos como los dirigentes utilizaban para escalar los peldaños del poder, aunque esto la debilitara como una federación sindical. Dependía del gobierno para la solución de los problemas laborales y las formas independientes de lucha contra los patrones no era su meta” (210-211). El corporativismo mexicano había encontrado un eficaz aliado.

Mostrando que las ideas, sin ser autónomas ni hallarse aisladas del contexto, inciden sobre el devenir colectivo, los cambios y las modulaciones en las convicciones de Lombardo Toledano ofrecen un índice para orientarse en el siglo



XX. La amenaza del fascismo durante la Segunda Guerra Mundial encuadra, por ejemplo, ciertas estrategias que privilegiaron la unidad continental en detrimento de los intereses de los trabajadores. Igualmente ilustrativo parece el viraje hacia el estalinismo, resultado de una visita a la Unión Soviética en 1935. Además de permitir entender algunas tomas de posición, como los virulentos ataques contra Leon Trotsky o el tipo de alineaciones que impuso en los sindicatos al mediar la centuria, el ideario del líder obrero mexicano nos coloca en el centro de las luchas políticas e ideológicas de la llamada Guerra fría. Ello se debe no sólo a que el propio Vicente Lombardo no cesó de tomar partido, sino a que seguir sus huellas obliga a reconstruir las circunstancias en que las imprimió. Se comprende así que *En combate* no se ciña al espacio nacional, sino que atraviese varios continentes, en especial Europa y América Latina. De México a la URSS, pasando por los Estados Unidos, cada itinerario, escenario o personaje se presta como una ocasión para exponer y discutir el momento histórico que entonces se vivía, al igual que las encrucijadas que enfrentaban tanto las élites políticas y empresariales como los dirigentes y los agremiados sindicales. Como parte de esta historia de alcance global, un caso notable es la fundación de la CTAL, en la medida que explicar sus coordenadas históricas implicó puntualizar el estado que guardaba

el movimiento obrero en Cuba, Venezuela, Costa Rica, Colombia, Paraguay, Uruguay, Chile, Argentina y otros países de la región. Si a ello se agrega el panorama trazado a raíz de un viaje a China un mes después de haber triunfado la revolución, es posible vislumbrar la amplitud del libro que aquí se comenta.

Un aspecto que subyace en la narrativa sin constituir un objeto explícito de análisis es la experiencia del tiempo. En un contexto como el que ahora vivimos, desesperanzado y prácticamente desprovisto de proyectos colectivos, es imposible evitar cierto dejo de nostalgia ante una época que se situó de cara al porvenir, capaz de entregarse a una causa y sin temor a perderse en utopías. Al margen de un futuro abierto, resulta incomprensible que el mundo llegara a dividirse en dos grandes bloques antagónicos, representantes de modelos de desarrollo igualmente opuestos; no menos inexplicables se estimarían la perseverancia y el optimismo con que campesinos y trabajadores se enzarzaron en luchas laborales, pese a la opresión, los obstáculos y las reiteradas derrotas. Por último, inconcebible sería también un hombre como Vicente Lombardo Toledano, convencido de que la historia, parturienta perenne, terminaría por alumbrar el socialismo. Apenas sorprende, en ese sentido, que *Futuro* fuera el nombre que eligió para su principal



revista o que la creencia en el progreso le brindara la certidumbre y la fortaleza necesarias para erigir organizaciones de inmensas dimensiones. Sin embargo, como lluvia que construye y destruye a su paso, Lombardo no tardó en socavar los cimientos de su propia obra y en arrastrar junto con ellos los sueños y las conquistas de quienes se colocaron a su lado. Tal como puede leerse en un pasaje de su biografía,

Lombardo Toledano estaba consciente de los múltiples constreñimientos para que la hazaña continental prosperara, pero no acostumbraba hablar de dificultades. Creía en la inexorable marcha de la historia y en que las leyes naturales vencían todos los obstáculos. Sabía de las limitaciones estructurales y humanas que yacían en el camino, pero su enumeración desanimaba y él era un agitador que envalentonaba los espíritus, aunque fuera con promesas imprecisas sobre el luminoso porvenir. Estaba comprometido con la formación del sistema internacional y por medio de la CTM aspiraba a cambiar la correlación de poder entre la clase obrera y el Estado mexicano. Por medio de la CTAL buscaba alterar las relaciones tanto en el interior como entre los Estados y las naciones, cambiando así las normas y las formas en que los Estados y la sociedad interactuaban entre sí. El socialismo no se podía construir sin el fortalecimiento de su heraldo, la

Unión Soviética, de su régimen sociopolítico y de su Estado, al que había que socorrer en tiempos tan inciertos como los que regían a finales de los años treinta (181).


Pese a que fragmentos como éste intentan hacer inteligibles la personalidad, las ideas y las acciones de Lombardo, en su conjunto, no bastan para arrancar por completo los velos del enigma que recubren su figura. Al concluir la lectura, en efecto, poco se sabe acerca de los resortes de su conciencia y los ritmos de su cotidianidad, en parte debido, según explica la autora, a que “las epístolas personales no permiten reconstruir su vida privada, pero revelan que se conducía como un jugador de póker: no mostraba sus cartas” (11).<sup>2</sup> Del Lombardo como tahúr experto se infiere, por lo tanto, que estaba adiestrado en las reglas del juego, pero se desconoce si las siguió por convicción o por necesidad. De ahí que el problema no radique tanto en que ignoremos los sentimientos, las emocio-

---

<sup>2</sup> Quizás valdría la pena discutir la tesis de Enrique Krauze, para quien las vidas de los miembros de la generación de 1915 son “desde un principio, más públicas y externas que replegadas hacia el interior, hacia una intimidad que, por otra parte, no tienen tiempo de construir”. Enrique Krauze, 1976. *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: Siglo XXI, p. 16.



nes o las pasiones que lo embargaron en cada momento, sino en que permanecen en la penumbra los móviles de su conducta. Sin la posibilidad de deslindar los fines y los principios de las tácticas y las estrategias, igualmente difícil resulta determinar si sus fracasos equivalían a pequeños triunfos en el ámbito personal —tal como sugiere esta biografía—, o si a raíz de su expulsión de la CTM fue quedando marginado del campo del poder, según se suele sostener en la his-

toriografía sobre el período. Dicha obscuridad incluso envuelve la palabra ‘maniobrero’, con que alguna vez se describió a sí mismo (341). Que se entienda como una expresión de realismo político o como la cínica confesión de un sofisticado oportunismo es tarea del lector. Y es que una historia total no equivale a una historia absoluta, sino a una interpretación del pasado que, como reza el título de la obra, se escribe siempre en combate. 

**Aurelia Valero Pie**

Universidad Nacional Autónoma  
de México

